

Medellín, los siguientes datos sobre el adelanto material de la ciudad:

Existe en Medellín, desde hace doce años, el plano de la ciudad futura, que abarca desde el puente de Guayaquil hasta el Manicomio y desde el río hasta las colinas del Oriente. Dentro de ese plano ha venido creciendo la ciudad armónicamente, científicamente. El Concejo que terminó sus labores hace pocos días tuvo una visión extraordinaria de la ciudad futura y compró el salto del Guadalupe, que dará ochenta mil caballos de fuerza.

Al "Club Campestre" se le han hecho grandísimas mejoras, una linda terraza al frente, salones de billar, instalación de duchas y apartados para deportistas, dos campos de tennis, un "swimig pool" espléndido. Este Club ha cambiado completamente la vida social de Medellín. Algunas tardes, y especialmente los sábados y domingos, es hermoso el espectáculo de los campos llenos de deportistas: golf, tennis, foot-ball, etc.

El doctor Jorge Rodríguez, experto en estadística, dice que Medellín tiene desde 1924 cien mil habitantes, y que si la progresión de aumento sigue como viene desde hace ocho años, en 1945 tendrá doscientos mil.

El producto neto de las empresas públicas municipales se duplicó en los dos últimos años. Su producto neto mensual sirve para pagar la cuota de intereses y de amortización del empréstito y queda un sobrante de consideración. Este irá aumentando y servirá para hacer nuevas obras o para levantar un nuevo empréstito.

En Medellín empezó ya la pavimentación de las calles. Hay tres o cuatro terminadas y otras en construcción. Este pavimento está quedando muy hermoso y sólido.

Eduardo Zuleta

RECUERDOS SOBRE MEDELLIN

Mis recuerdos de esta ciudad, hoy opulenta, poblada de 100.000 almas y anhelante como siempre de progreso, bienestar y luces, cruzada por un gran ferrocarril, por varias líneas de tranvías, con magníficas carreteras sobre las cuales hormigean centenares de automóviles y carruajes de toda suerte; mis recuerdos, digo, de la capital

del Estado Soberano de Antioquia y hoy Departamento del mismo nombre, datan de 57 años....

Eso hace, como quien no dice nada, cuando, caballero en una mulita baya plumiza, que en los prados de mi pueblo natal, Concordia, se había criado y embarnecido, y que, como yo, por primera vez pisaba a Medellín, llegámos a la posada cubiertos de pantano hasta las orejas, como que entonces apenas si había caminos transitables entre mi distante y querido pueblucho y la incipiente Villa de la Candelaria, como se la llama también por su patrona reverendísima.

Vine entonces de paseo, chicuelo de 13 años, y apenas si pude darme cuenta completa del estado de la ciudad, su importancia y su empuje civilizador. Volví a ella 2 años después, en 1870, ya como estudiante de un colegio que acababa de fundar allí un bogotano muy sonado como buen institutor, Sr. D. Graciliano Acevedo. Como recuerdos singulares de aquella mi segunda estada en la reina del Valle de Aburrá, guardo los dos siguientes: El haber conocido a nuestro gran poeta regional, don Gregorio Gutiérrez González, que del brazo de dos amigos suyos, subía por la plazuela de San Roque hacia su casa, por los lados de San Francisco. Admiré su rostro largo y un tanto desencajado, a que daban relieve y enmarcaban unas patillas que fueron negras de azabache, sin duda, y que a la sazón más eran blancas que al. Ya Gregorio era célebre, ya nos había entusiasmado a todos los antioqueños con su inmortal poema del Maíz, y ya reputé siempre como una gran fortuna para mí, el haberme topado con aquel grande hombre en la hermosa plazuela por donde yo transitaba todos los días de mi posada al colegio. Fortuna que cogí por los cabellos, que en él eran luengos y en bucles de bomba por detrás. Fortuna de última hora, como que yo me volvía a mi pueblo, decepcionado del muy mediano colegio, y el gran poeta revolvería ya por todos los rincones su "Aleluya" o saludo victorioso a la muerte, que rondaba junto a él y lo hacía decir:

"¡Aleluya!, ¡Aleluya! Ya la muerte con su mano de hielo me tocó....."

El otro recuerdo, que me asalta ahora, como si lo estuviera viviendo en este instante, fué el haber visto al célebre matemático y abogado doctor Juan Esteban Za-

marra, muerto cuando uno se puede morir y estirado cuando largo era, en una pobre tarima desvencijada, en la Calle de Guayaquil, con unos trapos sucios en forma de rollete (o eripa, como dicen aquí), levantándole un poco la cabeza, la boca desmensuradamente abierta, los gruesos labios caídos y los ojos extraviados, vuelto lo negro de la niña hacia dentro, y formando todo él un conjunto lamentable de pobreza, de abandono, de soledad y olvido. Unos pantalones de dril aplomado, de guasca, que llamábamos, le cubrían las luengas piernas y canillas, que remataban en dos zapatos sin calcetines, tan viejos como el difunto y que por lo grandes y deshormados "pudieran ser tumba a dos filisteos", según la descripción salerosa de Quevedo sobre los del licenciado Cabra, en su regocijado "Buscón..."

Este doctor Zamarra fué el defensor de Mosquera en el ruidoso proceso político que le siguieron los radicales legalistas. Fué Procurador General de la Nación a los 25 años, y fué el que habiendo encontrado alguna vez, aquí en Bogotá, a un ladronzuelo que se entró en su departamento, a vaciar una gaveta donde había mucho dinero, le dijo dulcemente: "No se azore usted por mi intempestiva llegada; coja, coja más dinero, coja todo el que necesite, que usted es padre de familia; yo soy soltero y necesito de poco". Y le ayudó a llenar los bolsillos con los patacones que aún le quedaban en el fondo del arcón. Zamarra era nativo de la ciudad de Antioquia, vivió muchos años en la capital de la República y murió en Medellín, tan pobremente como lo hemos descrito atrás, y en ejercicio de la profesión de abogado, ya con mínima clientela, porque el demonio alcohol le había hecho perder fuerzas, reputación y vida. Recuerdo que el colegio de don Graciliano era en el edificio donde luego han levantado la torre para los teléfonos, y en el otro extremo, hacia el río, eran los dos juzgados de Circuito en lo criminal, adonde los estudiantes nos complacíamos en acercarnos a escuchar a los famosos defensores de entonces, un doctor Pedro Antonio Restrepo, un doctor Camilo Antonio Echeverri, un doctor Hermenegildo Botero, un don Alberto Gómez Madrid, un Juan Crisóstomo Soto y un Juan Esteban Zamarra, que ya no podía con los años y los infortunios que lo abrumaban, pero que siempre planteaba los problemas jurídicos con una lucidez sorprendente. Cuando iba a los juzgados a ver las

causas de sus clientes, se paseaba agachado y con las manos cruzadas por detrás, largas horas, en el largo corredor del edificio, entre los juzgados y el colegio. Al pasar por frente a éste, cuyas puertas estaban veladas por sendos biombos de liencillo blanco, oía él lo que se decía por el maestro y las respuestas de los alumnos. A la moda bogotana, donde les tienen miedo a ciertos acentos, como los de país, baúl, embaucar, pronunciaba el señor profesor don Graçiliano, *pedagogía* y le respondíamos los discípulos, naturalmente, *pedagogía*, por aquí, *pedagogía*, por allí. Entonces asomaba su cabeza emedusada el señor doctor Zamarra, por entre el biombo y el ala de la puerta, y alzando los ojos turbios hacia nuestro profesor que trozaba en su tribuna, le repetía, separando las sílabas de la palabra por largas pausas: "Pe-da-go-gía!!! Pe-da-go-gía!!!"

Cuando volví a Medellín, en el año de 1875, a seguir estudios en la Universidad, ya la Villa de la Candelaria comenzaba a ser una ciudad encantadora, rica y sabia, con aquel centro docente y muchísimas escuelas y colegios de primera fuerza. El doctor Berrío, que ya no era el Presidente ilustre de Antioquia, y que al comenzar aquel año yacía moribundo en el vecino pueblo de Santa Rosa de Osos, había traído para impulsar la instrucción pública en el Estado, una Misión pedagógica alemana, que había renovado en aquellas montañas todos los métodos educativos, y puesto al Estado conservador por excelencia, a mayor altura quizá que la lograda para el resto de la nación por el Presidente Salgar y su ministerio incomparable. Regía ya los destinos de Antioquia un ilustre hijo de Medellín, don Recaredo de Villa, y se encontraba por entonces la construcción del primer ferrocarril intentado en aquellas abruptas y mortíferas selvas que medían entre Barbosa y Puerto Berrío. Ya se fundían metales preciosos en Titiribí por los mismos sistemas que en Freiberg, y ya M. Bonnet planeaba los fundamentos de la ferrería de Amagá. Desgraciadamente ya se planeaba también la feroz guerra civil de 1876 y 77, que quebrantó hasta los huesos las fuerzas propulsoras de Medellín, de Antioquia y de todo el país. Como se sabe, el doctor Berrío, con su sentido práctico y su patriotismo de buena ley, mantuvo a raya los movimientos bélicos y los propósitos turbulentos de los conservadores, cuandoquiera que no están en el Poder y lo disfrutaban a sus an-

chas para oprimir y vejar a todo el que no piense como ellos. Muerto el doctor Berrío, subido al Poder el honorable banquero y débil gobernante, señor de Villa, quedaba la guerra casada, cual suele decirse. El propio pueblo, el bajo pueblo antioqueño, que es muy inteligente, cantador y medio adivino, formuló el problema político de aquellos días, en la siguiente copla, glosada en cuatro décimas que Espinel no hubiera desdeñado:

Ya murió el doctor Berrío,
cabeza de Medellín;
Quedó Recaredo Villa
esperando el porvenir....”

En febrero de ese año de 1875, me tocó ver también el cadáver, todavía caliente en su lecho mortuorio, del gran gobernante de Antioquia. Fué ello en la misma calle que comunica las plazas de San Roque y San Francisco, la calle aquella por donde había de subir Gutiérrez González en vía para su casa. Apenas amanecía en un día de aquel mes, y estando de pie contra las dos alas del portón de la casa que tapa la Calle de El Palo, que era donde vivía mi condiscípulo y amigo fiel Antonio Ma. Restrepo Cadavid, al lado de su tío, el canónigo de la Catedral, don Sebastián Emigdio Restrepo, llegó éste, como entraba en su casa, a tomar el desayuno, después de decir su misa y dar una vuelta por la ciudad, inclinándose con cierta satisfacción: “Caballeros, ha muerto el Juliano el Apóstata de Antioquia.....!” Fuimos inmediatamente a la casa antigua del cura de Rienegro, cuando la Convención, don Juaquincito Restrepo, y allí vimos, todas las ventanas y puertas de par en par y alguna gente llorosa por los pasillos y alcobas, al grande hombre extendido de largo a largo en un cama de negra caoba.

Medellín se estremeció entonces en todos sus ámbitos, y Antioquia lloró lágrimas vivas, menos los liberales, que tenemos las vesículas de las lágrimas cansadas de llorar por los de nuestra casa. En la Catedral antigua (hoy tiene la ciudad una famosa en el barrio que llamábamos entonces de Villa Nueva), se celebraron las honras fúnebres del doctor don Pedro Justo, “Justo en el nombre y en los hechos justo”, como dijo un poeta de los que enlutaron su lira en aquellos días por la muerte de aquel modelo de gobernantes honrados, progresistas, no hipócritas ni farsantes.....

Medellín fué cantada por Gregorio, con amor y respeto la una vez, y con fingida y ajena cólera la otra. Dijo ya:

“Allí está Medellín, la hermosa villa, muellemente tendida en la llanura.....”

Esta aliteración de ellos o dobles eles me recuerda que nuestra ciudad potente del Aburrá, fué bautizada así por complacer al conde de Medellín, Ministro del idiota Carlos II el Hechizado, Rey de España, que otorgó las licencias para la fundación. Ese conde de Medellín sería sin duda señor de la pequeña Villa pastoril que demora en la Extremadura, provincia de Badajoz partido judicial de San Benito, con mil seiscientos habitantes, como enseña mi diccionario, fundada ésta por los romanos, que establecieron allí una colonia, bajo la advocación de alguno de los Metellos, ilustres guerreros y prohombres de la vieja Roma. De este Metello, Metellina, vino a formarse, siguiendo las leyes idiomáticas y fonéticas, la hermosa palabra Medellín, que tanto han cantado los poetas y que Gregorio alitera suave y dulcemente con allí, villa muelle y llanura. Nótese que Medellín no lleva ninguna vocal gruesa, sino las dos más flébiles y sutiles: e, i. Que sus consonantes son todas también dulces, tenues y blandas m, d, ll, y n. Y que el conjunto no puede ser más elegante, armonioso y simpático a los ojos y al oído. Es una voz aguda, pero terminada en consonante, formando un retintín mnemotécnico y agradable que se graba en la memoria con facilidad y se repite con sabrosa fluidez.

Otro poeta antioqueño, el padre Baltasar Vélez, maestro muy querido de don Marco Fidel Suarez, según este insigne escritor nos lo ha contado en uno de sus sueños, y maestro mío también en la escuela pública de Tiritibí, donde el padre hacía clase de religión; este poeta, que también lo era aunque por timidez y modestia se guardaba sus poemas, le decía a la ciudad que hoy celebramos, despidiéndose de ella para ir a Quito, de esta tierna manera:

“Y a ti, oh Medellín, ciudad bendita,
tan grata al corazón, cara a la mente,
a ti será mi suspirar postrer.....”

Y Pedro Antonio Isaza, también poeta antioqueño, de gran valía y de cuerda jocosa, le improvisó así en una

tertulia en que se discutía de la plaga del comején, que hace estragos en las maderas de la localidad y encarece mucho la edificación allí:

Con Roma y Jerusalén,
Constantinopla y Pekín,
Comparo yo a Medellín,
Si se acaba el comején....”

Algo tendrá el agua cuando la bendicen; algo tendrá Medellín para los poetas cuando tántos la han cantado y eso que la raza montañesa que la fundó y la ha criado fuerte y grande, parece que fuera más bien de la tribu de Isacar, según fábulas y calumnias, que de la tribu de José, de donde vinieron los poetas de los Salmos y del Cantar de los Cantares, maeses David y Salomón....

Dije que la Medellín de España era y es una villa pastoril, como toda la gran provincia de Extremadura, la que se despobló para conquistar y poblar la América, con hijos como Cortés y Pizarro y nuestro Gaspar de Rodas, fundador de la ciudad de Antioquia; pero Medellín pastoril por antonomasia y tierra por ende de ganados de toda laya, puesto que así la describe Cervantes en “La Gitanilla” y la canta Quevedo en varios pasajes de sus poesías jacarandas. En aquella novela del gran Manco, dice la gitana vieja a la gitanilla Preciosa en esta forma, enseñándola la ciencia milagrosa del pedir y del guardar:

—“Cálla, niña, que la mejor señal que este señor ha dado de estar rendido, es haber entregado la bolsa en señal de rendimiento. Y el dar, en cualquiera ocasión que sea, siempre fué indicio de generoso pecho. Y cuédate de aquel refrán que dice: ‘Al cielo rogando y con el mazo dando’. Y más que no quiero yo que por mí pierdan las gitanas el nombre que por luengos siglos tienen adquirido de codiciosas y aprovechadas. ¿Cien escudos quieres tú que deseche, Preciosa, y de oro en oro, que pueden andar cosidos en la alforza de una saya que valga dos reales, y tenemos allí como quien tiene un juro sobre las hierbas de Extremadura?.....”

Y Quevedo, con insistencia ofensiva, habla siempre a Medellín como tierra de ganados y por consiguiente de cornúpetos:

“La lira de Medellín
Es la cítara que traigo
Y soy falsete con todos
De la capilla del Pardo.

De puro casado temo,
Si me escondo o si me tapo,
que los que no me conocen
Me sacarán por el rastro.....”

Y en otro romance, dirigiéndose al conde de Sástago, desde Madrid, hablándole de todos los enredos y chichisbeos de la corte, vuelve a triscar de Medellín, porfiando sobre su ganadería:

“El que partió confiado
En pucheros de lealtad,
Lleva a Medellín la frente,
Váyase donde se va.

Son muy flacas de memoria,
Muy graves de voluntad:
La calle mayor es diablo.
Infierno cada portal.

Andan como lanzaderas,
Cara aquí, cara acullá;
Y en poder de viejecitas
Se deposita el caudal.....”.

Como nuestra Medellín, la que ya figura en el Larousse, la que exporta el mejor y más abundante café de Colombia, y oro y plata por arrobas, no es ganadera en sentido propio ni en el figurado, porque precisamente importa los cornúpetos de las sabanas de Bolívar, del Tolima y del Cauca; y porque de cada una de sus mujeres también diría el mismo Quevedo con montañesa arrogancia:

“Acompañaba el lado del marido,
Más veces en la hueste que en la cama;
Si muerto le lloró, vengóle herido:
Todas matronas y ninguna dama”.

Para ser Medellín la esplendorosa reina de todo el

Occidente colombiano, no le falta sino construir su ferrocarril por todo el río Cauca, que pártete a Antioquia en dos, que rueda hondo y profundo, por estrechísima garganta que apenas si forma playas aquí y acullá, y una vez terminado el ferrocarril de Cartagena a Cali y a Buenaventura, Popayán y Pasto, hacer bajar a nuestro gran río de todas las poblaciones que se empinan en las crestas de sus montes, como nidos de oropéndola en nuestros algarrobos milenarios, cablecillos aéreos y carreteras automoviliarias que vacien los frutos ubérrimos de nuestras tierras y los minerales de nuestras minas en las tolvas apropiadas de los mismos vagones al mar, Medellín será siempre, asentada en su valle delicioso y pintoresco cual ninguno otro, el centro material y moral de nuestra gran raza antioqueña, raza que come mucho frisol con tocino, como los americanos del Norte, y mucho maíz, también como ellos, y panela melcochada, y bebe aguardiente de uno que “jase bailá”, como decía el negro Obeso del ron de su tierra momposino...

El año pasado estuve en Medellín la última vez y quedé sorprendido de sus enormes progresos en todo sentido. El porvenir de la querida ciudad le está asegurado por el afecto férvido y las virtudes varoniles de sus hijos. Que ella viva y prospere más años y más grandezas que Roma y Jerusalén, Constantinopla y Pekín!...

Visitada en 1851 por el ilustre escritor y estadista bogotano don Manuel Pombo, este recuerdo nos dejó de ella en su precioso Viaje, que yo publiqué en 1914 por cuenta de la Librería Colombiana y de acuerdo con su hijo don Lino:

“Despachadas las cargas, atendidos los mil menudos quehaceres que quedan siempre para los últimos momentos de marcha, incorporado con los amigos José María Barriga y José Justo Pabón, que me hacía el cariño de escoltarme hasta Rionegro, y dichos con las lágrimas en los ojos y la gratitud en el corazón mis postreros adioses a la bella y hospitalaria Medellín, di rienda libre a mi impaciente macho, y a poco trecho me reuní con mi conductor, el grave Alejo, jinete sobre una fornida mula rucia.

“Pasados los puentes de Junín, La Toma y Boyacá, la ciudad termina y se emprende la subida de Santa Elena. Tres horas empleamos en trepar esta pendiente y pe-

dregosa cuesta, en cuya cima está la casa de un señor Baena, en gran parte incendiada recientemente por un rayo: con este accidente desaparecieron de sus paredes varios interesantes recuerdos escritos por los viajeros, entre otros unos renglones del doctor Rufino Cuervo, otros del señor Juan Francisco Ortiz y los versos a Medellín (los atrás copiados) de Gutiérrez González.

“Este alto, que suelen llamar de La Villa, domina la ciudad y el bellissimo valle de Medellín. La ciudad, con sus techos rosados y sus blancas paredes, cuyos pies lame mansamente el Aburrá, y adornan sus alrededores alegres quintas llenas de huertas y de jardines; el valle, verde y risueño, labrado y dividido como un tablero de damas, salpicado de bosquecillos, caprichosamente recorrido por los sesgos amarillos de sus caminos y los hilos argentados de sus aguas, y sobre cuya alfombra de césped y entre las brisas perfumadas de su dulce clima, se levantan, en diferentes direcciones y distancias los blancos campanarios de Aná, Belén, Envigado, Itagüí, La Estrella y San Blas.

“Paisaje encantador! Golpe de vista delicioso! Lo contemplé con tristeza largo rato, recorriéndolo en sus pormenores como para fijarlo en mi memoria, hasta que la voz de mi conductor me sustrajo de mi embeleso.

“Al coronar la altura nos había invitado a que diésemos resuello a nuestras cabalgaduras, a cuyo efecto les había quitado los frenos, aflojado las cinchas, y a que tomásemos un trago por la felicidad de mi viaje, lo que hicimos poniéndole una buena postdata de bizcochos. Se trataba ahora de continuar la marcha, y me acerqué a la casa para pagar lo que se nos había suministrado.

—Ya pagó ño Alejo, me dijo la ventera.

—¡Hombre, dije a éste, eso no es volada corriente!

—¿Y por qué nó?, me replicó, en toda tierra el que convida paga.....

Vaya, me dije para mí, no es tan cicatero mi hombre!

Y antes de seguir camino, volví por últimas vez los ojos sobre la ciudad.

¡Adiós Medellín, la dije, adiós! Te dejo con pena y posible es que no vuelva a verte; pero si vuelvo, quiera el cielo que no sea en són de guerra como en 1851”.

Siempre he dicho, desde que tuve el gusto de publicar este Viaje de don Manuel Pombo, que todo antioqueño que se estime en algo y quiera de veras a su tierra,

debe tener ese libro muy de cerca en sus estantes y muy sobre su corazón. Cual otro ninguno, él nos dice del progreso de nuestra capital segunda, de Rionegro, de Abejorral, de Aguadas, de Salamina, de Manizales y la recién nacida Líbano, hoy emporios que nos llenan de legítimo orgullo a los que pronunciamos *Medeyín*, y bebemos mazamorra de maíz preparada con ceniza.....

Yo asistí, de estudiante, el 22 de noviembre de 1875 al segundo centenario de la Reina del Valle de San Bartolomé, como llamaron los conquistadores españoles el valle que los indígenas llamaban Aburrá. Ese valle fué descubierto y admirado desde una cumbre al suroeste, por Jerónimo de Tegelo, uno de los soldados del Capitán Jorge Robledo, que hizo su conquista y del cual habla así en la Relación de su viaje a las provincias de Anserma y Quimbaya, "e en las a ellas comarcanas", de que da fe su escribano Sardella. Corriendo el año de 1580, "por virtud de los poderes que de su señoría tenía, cont. hombres de pie e de a caballo, isleños, canarios) e hombres esforzados en la guerra, de mucho tiempo, en estas partes, e llevó muchos ganados e negros e indios para los pobladores e conquistadores....."

"...Y el Capitán sabido (Robledo) se partió de allí (de Amagá) e vino al pueblo de aquellos indios que le habían venido a ver, que se dice en su nombre Murgia, y nosotros le pusimos el de la Sal (hoy Heliconia, o Guaca), porque se halló mucha infinidad della, de manera de panes de azúcar, algo morena, hecha de fuentes saladas que ellos tenían; e aquí estovimos cuatro o cinco días, donde vinieron todos los indios de paz, con mucha comida e algunos presentes de oro. Desde aquí el Capitán envió a Jerónimo Luis Tegelo, con cierta gente de pie y de a caballo, a que por una abra que la cordillera de las sierras nevadas hacía, las pasase, que parecían haber abajado algo. El cual fué y las pasó y aquel día fué a dormir sobre un valle, que en lo bajo dél parecía haber cierta población, que como era puesto el sol y hacía niebla, no se divisaba bien; y púsose en los más secreto que pudo, por no ser sentido, e estuvo allí hasta el cuarto del alba, que partió. E no pudo caminar tanto, que antes que al valle llegase, salió el sol y los indios le divisaron; y como los vieron, tocaron sus atambores e bocinas e juntáronse hasta mil indios; y los españoles serían hasta veinte de pie e doce de a caballo. E como ellos nunca habían visto chiris-

tianos, saliéronse al camino sin dar lugar a que se les hi-
ciese parlamento ninguno, e tuvieron con ellos su guaza-
vra, que les duraría tres horas, donde fué bien reñido de
ambas partes, e hirieron seis o siete españoles y mataron
e hirieron caballos, donde los españoles se vieron en muy
gran riesgo de perderse. Pero como Nuestro Señor nunca
desampara los suyos, la gente de pie lo hizo tan bien que
con la ayuda de los de a caballo, rompieron a los indios
e los metiéron en el pueblo, e se metían en los bohíos e
otros se subían en la cumbre dellos, como, como si allí
no los pudieran tomar. Y estaban espantados de ver tal
gente, que según ellos después decían, que cuando los co-
metieron, pensaron que eran indios; e como les hobieran
ganado el pueblo, el dicho Jerónimo Tegelo, hizo aposen-
tar los heridos y poner recado en el real, y despachó lúe-
go dos mensajeros al Capitán haciéndole saber lo que pa-
saba. E aquel mismo día, en la tarde, los naturales se
tornaron a rehacer e se juntó un escuadrón de fasta tres
mil indios e vinieron fasta junto al pueblo, que echaban
los dardos e tiraderas dentro dél; y como el dicho Tegelo
vio que los indios tornaban, dejando recado en los heridos
con la demás gente, salió otra vez a los naturales, e tuvo
con ellos otra guazabra, que duraría hora y media, donde
los rompió e fue en alcance dellos una legua, donde se
mató alguna gente; y desta vez quedaron tan hostigados,
que nunca más tornaron al pueblo. Las armas que estos
indios traían, eran dardos de palma tostada, largos e
macanas, son como espadas de a dos manos, tam-
bién de palma e ondas e estólicas que es un arma de las
más peligrosas que en aquestas partes se halla y se tira
la vara encajada en un palo de dos palmos, que casi
quiere significar aquello como trancaylo, y con aquel pa-
lo en que encaja la arrojan, que va más recia que con la
flecha.

“Como los mensajeros, que Jerónimo Tegelo envió
llegaron donde el Capitán estaba y le dieron mandado de
lo que había subcedido, se partió luego con todo el real
para allá, por amor de los heridos y porque allí había
comida de maíz para más de dos meses e se aposentó en
él. Donde en los bohíos, sin lo que en el campo estaba, se
halló mucha infinidad de comida, así de maíz como de
frisoles, que casi son como alberjas, e muchos cories, que
son como conejos, salvo que son más chiquitos, que tienen
muy lindo comer, e muchos perros medianos como los de

Castilla, salvo que son mudos. Esta provincia se llama en nombre de indios Avurrá, y le pusimos por nombre el Valle de San Bartolomé; aquí estovimos quince días, en los cuales, por llamamiento del Capitán, le vinieron todos los indios de paz, e sirvieron a los españoles, e asimismo vinieron otros pueblos a éste comarcanos. Aconteció en esta provincia a algunos españoles, yéndo por fruta y a caza de aves, ir donde algunos indios estaban; e así como los veían, se quitaban una manta de vara y media de largo e de una en ancho, con que traen atadas sus vuerguenzas, quitársela e darse una vuelta al pescuezo y ahorcarse. E yo vi una noche, estando velando en el aposento del Capitán, ciertos indios, que estaban presos porque no querían venir de paz, que hasta allí aún no habían venido, como vierno que no había lumbre, se ahorcaron dos indios; e de presto como fueron sentidos, como porque ya estaban sobre aviso, sacaron lumbre y se vio como estaban colgados y cogían los pies por ahorcarse, y se les cortó con lo que estaban colgados; y el Capitán los mandó llamar e les preguntó con la lengua (el indio ladino intérprete) que por qué se ahorcaban; dijeron que porque se espantaban de ver a los españoles e de las barbas, e que por esto se habían ahocado muchos; e no era sino que el diablo los engañaba. Desde esta provincia el Capitán envió con cierta gente de a pie a Juan Frades, a que tornase a pasar las sierras que viese ciertos pueblos, que tenía noticia que estaban sobre el río; el cual, fue e dio en el pueblo llamado Curqui, e trujo algunas piezas de las cuales el Capitán se informó de la tierra que le dieron larga relación della, de la que estaba sobre el río².

Descubierto, pues, el Valle de Medellín, antiguo Aburrá, antiguo San Bartolomé, en 1539 y no fundada la ciudad sino en 1675, el Valle permaneció sujeto al dominio de la vieja ciudad de Antioquia, fundada primero por Robledo y luégo por Gaspar de Rodas, en la confluencia del riachuelo Tonuzco con el impetuoso Cauca o Río Grande, como lo llama en sus relaciones de conquista el Capitán Robledo. En 1830 pasó de Antioquia a Medellín la capital de toda la provincia.

Pero perduran, para honra de nuestra bucólica, el maíz y los frísoles; sólo, eso sí, que hemos reemplazado los coríes o curíes de los naturales, por el gorrín gruñón que nos importaron los españoles. Item más, hoy cubrimos nuestra vergüenzas (las que pueden cubrirse, que las

otras desnudas van), con sedas y terciopelos, brocados y cachemiras, como no las vieran las Persias y los Catayes que la fama ha pregonado.

Un recuerdo, en esta fecha jubilosa, oh queridos compatriotas de los chicharrones y la natilla, torreznos, que dice la relación del Capitán, para Jerónimo Luis Tegelo, Juan de Frades y sus valientes compañeros, que nos enseñaron a comer sal de Guaca, que quita el coto y despeja la cabeza. Y con esto ¡viva Antioquia, por la Virgen de Manizales y la Candelario de Medellín!

Bogotá, 22 de noviembre de 1925.

Antonio José Restrepo,

tataranieta de D. Alonso López de Restrepo, uno de los fundadores de Medellín, su primer Regidor y Alférez Real, natural del solar de su nombre en los alrededores de Castropol, en Asturias.

COMO FUE CELEBRADO

HACE 50 AÑOS EL SEGUNDO CENTENARIO
DE MEDELLÍN

Una actividad inusitada se observaba por todas partes en la incipiente Villa. Las calles, antes silenciosas y desiertas, estaban atestadas de gentes. Corrillos en las esquinas; algarabía de muchachos; ir y venir de unos, confusión y regocijo de todos, daba bien a entender que algo anormal acontecía en el pueblo. Pero era algo patriótico que inflamaba los pechos, que levantaba el entusiasmo y abría un paréntesis de alegría en la vida rutinaria que se llevaba en la Villa.

Era que entonces, como hoy, los habitantes de ella se aprestaban para conmemorar dignamente su cumpleaños. Entonces cumplía dos siglos de existencia e inspiraba amor; hoy, ya mayor y más hermosa. y más lozana y con mayores atractivos y encantos, inspira aquel mismo